Janine Chasseguet-Smirgel, *Ética y estética de la perversión: Las desviaciones de la conducta sexual como reescritura del universo*, 2007, México, Fontarama, 310 p.

¿Cómo puede justificarse la reseña de un libro sobre desviaciones sexuales en una publicación sobre historia, filosofía y literatura? ¿Qué es lo que dicho libro puede aportar sobre estas disciplinas?

Janine Chasseguet-Smirgel, reconocida psicoanalista francesa, cuyo profundo estudio de la obra de Freud ha generado importantes aportaciones a la teoría del ideal del yo y a la del narcisismo primario, presenta este libro que, a pesar de partir del ámbito clínico, pretende rebasarlo con el fin de mostrar cómo los conceptos acuñados por Freud son capaces de explicar cierta parte del funcionamiento de nuestras manifestaciones éticas y estéticas.

En su mayor parte, el texto, más que un estudio minucioso del papel que juegan las desviaciones sexuales en la obra de Freud, es una recapitulación, muy completa, de lo que el médico vienés escribió sobre ellas. Pero también es la postulación de una hipótesis sobre las consecuencias del desarrollo de la sexualidad en los ámbitos sociales y culturales.

La obra no está dirigida a los especialistas del psicoanálisis, sino a un público medianamente informado, para introducirlo a un problema cuyos alcances pueden ser tan variados como el estudio de las religiones o las obras de escritores y artistas como A. Camus, O. Wilde, M. de Sade, H. G. Wells y H. Bellmer.

No se trata, pues, de un texto que pretenda innovar en el tratamiento de la influencia de la sexualidad en nuestros comportamientos y creaciones, sino de la presentación de un planteamiento personal, de manera muy clara y bien informada, de cómo abordar el problema teórico que cruza todo el libro en disciplinas que trascienden el psicoanálisis e incumben a cualquiera cuyo interés sea el estudio de lo humano.

A partir de dichas pretensiones, podemos preguntarnos, junto con la autora, qué caminos recorre la psique perversa y cómo podemos reconocer sus manifestaciones. Es decir, ¿cómo podemos definir la perversión, más allá de criterios médicos y morales, y valorar sus contribuciones y oposiciones a la cultura y la sociedad?

Chasseguet-Smirgel propone un recorrido que parte de la definición de la perversión en contraste con la neurosis y en función del establecimiento del complejo de Edipo, lo cual nos lleva a determinar el papel que la configuración perversa cumple en la vida de los sujetos.

Posteriormente, se pasa a un examen crítico de la teoría que pretende fundamentar el análisis de las perversiones a partir del monismo sexual fálico, rechazándola, para dar paso, en el tercer capítulo, una vez reafirmada la preferencia por la concepción que privilegia al complejo de Edipo como principio explicativo, a plantear la relación de la psique perversa con el ideal del yo, tema sobre el cual ha tratado extensamente la autora en otras obras.

En el capítulo cuarto se plantean, por primera vez, bajo el título ‘el disfraz del yo’, algunas posibles relaciones entre el arte y la perversión, en el sentido de la creación de ilusiones o imágenes por medio de las cuales el perverso busca evadir la realidad, sobre la base de la idealización sobre la que se trató en el capítulo anterior. La obra de Wilde es propuesta como una manifestación de este fenómeno.

El capítulo quinto ahonda en las relaciones entre la idealización, la sublimación y la perversión, lo cual nos coloca de lleno en las posibilidades sociales y culturales de las desviaciones sexuales.

El sexto capítulo aborda el tema del universo sádico-anal y la transmutación de los valores y la realidad que un sujeto con dicho carácter realiza, entrando de lleno a la obra del marqués de Sade. En el siguiente capítulo, se continúa con la reflexión sobre Sade, pero se amplía al tema de la relación entre la *hybris* y la ley moral, lo cual da pie a introducir consideraciones sobre los vínculos entre el comportamiento sexual y el religioso. En esta línea, se analizan las religiones ‘diabólicas’ desde la perspectiva de la perversión.

El octavo capítulo pretende analizar tres personalidades ‘luciferinas’ plasmadas en obras literarias y plásticas. Se recurre al personaje de Calígula de la obra de teatro de Camus, al doctor Moreau creado por H. G. Wells y al artista plástico H. Bellmer, cuyas obras son muñecas que manifiestan tanto la simulación como la fetichización de la sexualidad.

Finalmente, el capítulo nueve presenta las reflexiones de la autora en torno al fetichismo y la pérdida de realidad que caracteriza a la perversión, para dar paso a las conclusiones finales.

Como sabemos, los descubrimientos freudianos no sólo otorgaron un papel central a la sexualidad en todas y cada una de nuestras actividades, sino que revaloraron los criterios de normalidad de su época y abrieron la posibilidad de pensar el comportamiento perverso, más allá de prejuicios morales, como una posible fuente de conflicto y creación con respecto a la cultura. El texto aquí reseñado es una excelente oportunidad para acercarse a algunos de los problemas teóricos que ello ha generado y que, aunque no sea algo nuevo, ofrece variadas oportunidades de exploración, no sólo para el ejercicio teórico, sino para la comprensión de un factor clave en el comportamiento ético y creativo que puede traer importantes consecuencias prácticas, hasta el grado de poderse plantear que, justo a partir de la perversión, se puede reinventar todo el universo simbólico que rige nuestras actividades, la mayor parte de la veces sin que seamos conscientes de ello.

Así pues, a pesar de las dificultades que pueda entrañar su lectura a un lector poco familiarizado con los términos psicoanalíticos, me parece que el texto es sumamente recomendable como una lectura que abarca de manera seria y rigurosa un asunto que nos atañe a todos como humanos, actores sociales y posibles creadores, desde una perspectiva perfectamente bien definida y para un amplio espectro de intereses.

CARLOS ALFONSO GARDUÑO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM